

la Montaña, á pesar de su fuerza, de su energía, de sus estrepitosas manifestaciones, no sufría menos la presión de fuera, es decir, la presión de los Jacobinos. Este poderoso instrumento de la Revolución, los Jacobinos, no servía más que para desnaturalizar su espíritu introduciendo el de policía, el de inquisición, el espíritu mismo tiránico y antipático de la reacción. Al penetrar el jacobinismo en la Revolución era preciso que pereciera esta; encontró una fuerza, pero una fuerza ruinosa.

Danton meditó todo esto. Vió claramente, cuando otros apenas lo vislumbraban, que perdida completamente como estaba la derecha se había perdido la Asamblea. Vióse allí, él, Danton, sirviendo á la mediocridad jacobina, condenado perpetuamente á obedecer á Robespierre, como dueño, doctor y maestro, siguiendo su pesada, lenta y abrumadora marcha.

Estas ideas tuvieron como anonadado á Danton durante el 15 de Enero, cuando su mujer se despedía de él para siempre.

El rey fué declarado *culpable por unanimidad* (recusáronse treinta y siete diputados). Esto se preveía. Lo que no podía adivinarse es que no se aprobara *El envío del proceso al pueblo para su ratificación*.

Cerca de cuatrocientos votos, contra trescientos, tomaron parte en la votación. Y aun en esto la derecha aparece en desorden, dividida. Algunos diputados como Condorcet, Ducos, Fontfréde, etc., etc., pronunciáronse contra la ratificación que solicitaba la Gironda.

El día 16, Danton encontró fuerzas en su propio furor. Tonante, terrible, volvió á la lucha y de individuo de la Gironda pasó á representar la vanguardia de la Revolución. ¿No era Danton el más fuerte de la Comuna? ¿Quiénes eran los de la Comuna? ¿Jacobinos? No. La mayor parte seguían á Danton con entusiasmo, al Danton convertido otra vez en el instrumento de las venganzas populares, al Danton de la cólera y de la muerte.

Este día levantábase una tempestad en torno de la Convención. Se habla de un 2 de Septiembre. En París cundió el pánico y mucha gente se dió á la fuga. Roland escribió á la Convención una carta desesperada. Un hombre de la izquierda, Lebas (crédulo y ardiente patriota), confesó que participaba de las inquietudes de la derecha y expresó el temor de que serían sacrificados.

La Comuna pidió cañones para la defensa de las secciones de París.

Entonces se decidió Danton por la Comuna. Hablando de *El amigo de las leyes*, dijo: «Se trata de una comedia que anticipa la tragedia que representaremos ante las naciones; se trata, señores, de la cabeza de un tirano que haremos caer bajo el hacha de las leyes.» Ante la Comuna Danton habló de su misión en Bélgica manifestando que se opuso á que el poder fuera entregado á la Gironda para evitar que el ejército sufriera la inspección de Roland.

Discutióse la mayoría de votos, que era necesaria para acordar la muerte del rey. Muchos pidieron que la mayoría la compusieran dos ter-

cios de la Asamblea.—«¡Cómo!—dijo enérgicamente Danton.—¿Con una simple mayoría reglamentaria habéis decidido la suerte de la nación, de la República, habéis votado la guerra, y ahora para juzgar á un individuo reclamáis una mayoría verdaderamente extraordinaria? Se quiere que el fallo de la Asamblea no sea definitivo. ¿Acaso la sangre que en el campo de batalla se derrama por este hombre tiene remedio?» Estas palabras recordaron una reciente carta de Rewbell, Merlinde y Thionville escrita entre los muertos y heridos del ejército, en la que preguntaban á la Convención si aun existía el autor de estos males. Se acordó que para aprobar la muerte del rey bastaba con la mitad más uno de los miembros.

Eran las ocho cuando se hizo la tercera pregunta: *¿Qué pena se le impondrá?* La sesión duró toda la noche, una fría noche de Enero, y todo el día siguiente, un pálido día de invierno, hasta las ocho de la noche. Terminó á la misma hora que comenzó. Cuando aun no se había proclamado el resultado, se recibió una carta de España. Danton saltó de su asiento y tomó la palabra sin pedirla... Louvet hizo una hermosa frase: «Danton—le gritó—que aun no eres rey.»

«Me asombro—dijo Danton—de ver la audacia con que una nación quiere intervenir en nuestras deliberaciones. ¡Cómo! ¿No reconocen el poder de la República y quieren dictarnos leyes?... Esto es absurdo. Ahora debiéramos votar la guerra contra España. Responded, presidente, al rey español, que los vencedores de Jemmapes no perderán sus fuerzas hasta que no hayan exterminado los reyes.»

La Gironda pidió y obtuvo que la carta, sin leerla, pasara á la orden del día.

Los defensores de Luis XVI quisieron hablar antes de proclamado el escrutinio. Danton consintió, pero Robespierre se opuso.

Un diputado del Alto Garona, Juan Mailhe, montañés, pero moderado, expresó su voto de modo que reunió varios elementos de la derecha y el centro para votar en idéntica forma. *Vota la muerte*, pero añade la siguiente proposición que él comienza declarando independientemente de su voto: «Deseo que una vez votada su muerte, discuta la Asamblea si es de interés público que se aplace la ejecución ó que sea inmediata.»

El efecto de esta demanda fué fatal para el rey y fácil de prever al mismo tiempo. ¿Es posible creer que los que votaron en esta forma como Vergniaud, por ejemplo, desconocieran el resultado que esto iba á ofrecer? ¿Quién osará decirlo? Cada uno especificó expresamente su voto, manifestando que votaban por la muerte del rey, pero esto independientemente de la *cuestión á discutir, del sobreseimiento*.

Por la muerte, hubo 387 votos y por la reclusión ó por la *muerte condicional* 334. Mayoría de cincuenta y tres votos.

El presidente (Vergniaud) con acento de dolor: «La pena que la Convención impone á Luis Capeto es la de muerte.»

Defensores del rey introducidos en la Asamblea, leyeron una carta del rey protestando de su inocencia y apelando á la nación. Séze y Tronchet hicieron notar que era muy duro aprobar tan dura sentencia por tan reducida mayoría, y más aun si se tiene en cuenta que cuarenta y seis pedían el sobreseimiento después de sentenciado el rey, de suerte que no tuviera la sentencia más que su efecto moral. Solo siete pedían la muerte á todo trance.

El infortunado Malesherbes se asombró del resultado, turbose, balbuceó algunas frases, perdió su orientación, solicitó que se le reservara la palabra hasta el día siguiente. Toda la Asamblea sintió profunda emoción. Robespierre declaró que, efectivamente, estaba emocionado y añadió que el llamamiento al pueblo era imposible hacerlo porque se colocaría á la nación en una situación violenta. Manifestó, que quienes trabajaban para despertar la piedad hacia el rey en los corazones, merecían ser perseguidos como perturbadores del reposo público.

Guadet no admitió tampoco el llamamiento, pero pidió que Malesherbes pudiera hablar al día siguiente. La Convención no aprobó ninguna de las dos cosas, acuerdo verdaderamente político, pues era imposible sostener durante más tiempo una situación tan sumamente peligrosa. Sentíase fuego bajo los pies.

La sesión terminó á las once de la noche. Al objeto de que los representantes pudieran caminar seguros por París, ordenóse una iluminación general. Nada más siniestro. Desde las ventanas, hachas y otras luces iluminaban la calle, dando á París un falso color de fiesta. Toda la noche estuvo oyéndose el mismo grito: «¡La muerte!»

El 18 se vió la cuestión del sobreseimiento, cuestión mucho más grave de lo que podía suponerse. El sobreseimiento era un medio para eludir la sentencia, dando tiempo á los realistas á quienes se abría la puerta de la guerra civil. La muerte del rey, aplazada, podía causar miles de muertes.

La Montaña habló en este sentido, pero muy torpemente. Reproduciendo las palabras que Robespierre patrocinó (interés público, salud pública, bien de la humanidad) todos repiten lo mismo: «Nada de sobreseimiento, dijo Couthon; la humanidad exige la ejecución, es necesario abreviar sus angustias, es brutal tenerlo en espectación algunos días más, haciéndole concebir esperanzas que no se realizarán...»

«Nada de sobreseimiento, dice Couthon; la sentencia se tiene que cumplir porque así lo exige la humanidad, como toda otra sentencia, durante las veinticuatro horas subsiguientes.» Robespierre repite no se cuántas veces la palabra *humanidad*. La Convención perdía la paciencia. Cambon, Dannou, Reveillere-Lepeaux, expresaron su indignación contra este modo de hablar dulzón é hipócrita. Aunque la sesión terminó poco antes de las once, la Montaña estuvo deliberando hasta las doce, llevando su exaltación hasta el extremo de proponer la muerte de los realistas y de los brissotistas. Acordáronse de Lacroix y se avergon-

zaron de este acceso de hidrofobia. Legendre los persuadió finalmente de que no debían perturbar á París.

Nada más incoherente que la discusión del 16. La Gironda, desca-minada, corría aquí y allá buscando la brújula. Buzot y Barboroux renovaron sus ataques contra el duque de Orleans, ataques absurdos, intempestivos.

Condorcet evidenció la falta de leyes de organización política para demostrar que la muerte del rey no significaría un acto de inhumanidad. Mostró el estado de Europa y dijo que, precipitando la ejecución, se popularizaba su causa y se haría á los pueblos aliados de los reyes y los reyes constituirían una liga temible contra Francia.

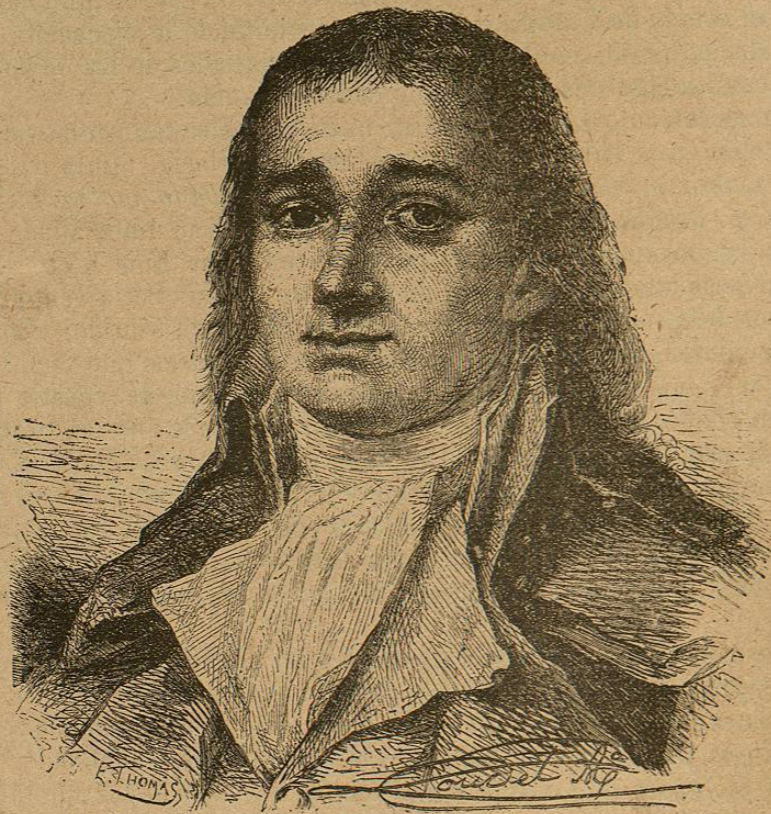
Un espectáculo sorprendente en una Asamblea tan conmovida, fué la aparición en la tribuna de la severa, muda y glacial figura de Tomás Payne. Quería *proponer la misma pena que deseaba la nación*: reclusión ó destierro. Preguntó si la Francia quería perder á su único aliado, á los Estados Unidos, potencia amiga por gratitud hacia Luis XVI. Declaró que esto sería una gran satisfacción para Inglaterra. Sería vengarla del libertador de América. Y añadió con admirable buen sentido: «Convened á la opinión, sed grandes y justos y nada tendréis que temer de la guerra; la opinión os dará armas si lograis que esté de vuestra parte; la guerra contra la libertad no puede durar, á menos que los tiranos logren interesar á los pueblos...» Después, con asombrosa claridad, penetrando con profunda intuición en lo porvenir, contó, predijo lo que sobrevendría después de muerto el rey. Los reyes explotarían la piedad pública, la indignación de los pueblos, aprovecharían su ignorancia, la propensión á la leyenda, y crearían una poderosa fuerza contrarrevolucionaria.

El espíritu de su discurso respondió á su buen sentido. Barere contestó á Payne. Fué sutil, ingenioso, certero. Resumió con habilidad todas las opiniones contra el sobreseimiento, del mismo modo que había resumido cuanto se dijo contra el llamamiento definitivo del pueblo. Si Barere habló de *humanidad*, no fué con el acento hipócrita de los montañeses. Preguntó á quienes deseaban tener en rehenes á Luis XVI, si no era más terrible aun que la muerte, tener á un hombre con el cuello puesto sobre la fatal cuchilla, esperando el golpe. Desviándose un poco de este asunto habló á la Convención de reformas que debían practicarse en sentido filantrópico, abriendo un horizonte inmenso en la carrera para el bien público. La Asamblea se sintió transportada á otro ideal. Sentía impaciencia de emprender el camino que tan sabiamente trazó Barere, llegar á la tierra prometida. El rey era su único obstáculo y pasó por encima de su cuerpo. No hubo á favor del sobreseimiento más que 300 votos y en contra cerca de 400. Luis XVI esta segunda vez fué muerto ya, decididamente muerto.

La sesión se levantó á las tres de la madrugada del domingo 20 de Enero. El mismo día fué asesinado por un guardia del rey uno de los

que votaron su muerte: Lepelletier Saint-Fargeau, á quien aborrecían de muerte los realistas, que lo consideraban como tráfuga de su partido.

Orleans y Lepelletier eran sus Judas; Lepelletier y su familia fueron protegidos del rey, á quienes éste había colmado, abrumado de bienes, *gentes del rey*, que decían entonces significando la ciega é incon-

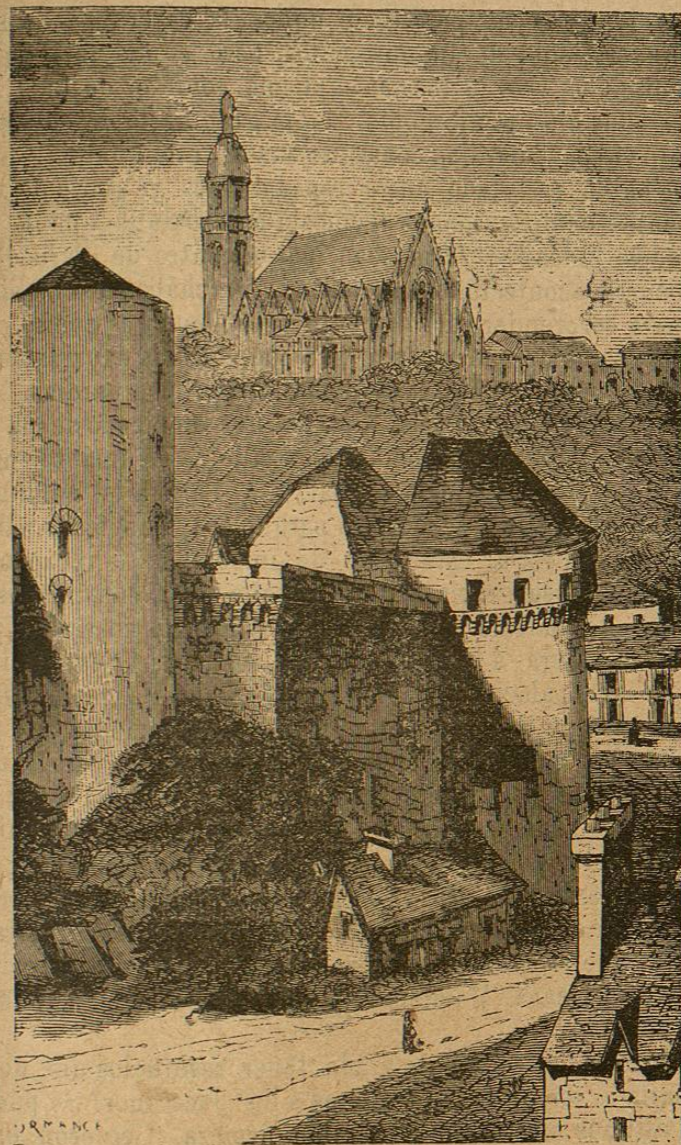


CHAUMETTE

dicional adhesión de unos seres á otros. Lepelletier tenía seiscientos mil francos de renta. Fué fiel al rey á su manera.

Cuando la toma de la Bastilla, la realeza pasó á ser el pueblo y él pasó á servir al nuevo rey, del mismo modo que había servido al primero. Hay familias que necesitan, por tendencias hereditarias servir solo á los poderosos mientras lo son. En esto no hay hipocresía. Lepelletier fué sincero. Era un buen hombre, de carácter apacible y generosos sentimientos, hasta profesar un amor inmenso á la humanidad. En un ensayo de Código Penal que escribió, declaróse enemigo de la pena de

muerte. Su plan de educación del que hablaremos y que después ha sido notablemente desfigurado, esta lleno de cosas excelentes, reveladoras de



Castillo é iglesia de Fougères

un buen sentido práctico. Lepelletier vivía subordinado á Robespierre, le obedecía ciegamente, presidía con frecuencia á los Jacobinos. Era uno de esos hombres á quienes Robespierre agitaba.

Los realistas no desesperaron de obtener su voto para la cuestión del rey. Resistíanse á creer que el antiguo magistrado á quien colmó

aquel de favores, se atreviera á proclamar su muerte en plena Asamblea. Lepelletier, aunque en secreto le costara esfuerzos, entre su señor y sus principios fué fiel á estos y votó por la muerte.

Muchos realistas no perdieron nunca la esperanza de salvar al rey. Comprometiéronse á ello quinientos, pero el día fatal solo se reunieron veinticinco; esto lo declaró el mismo confesor de Luis XVI. No todos los realistas eran gente noble. Había gran parte de empleados del palacio real, viejos guardias constitucionales; esta guardia, lo hemos dicho ya, se había reclutado entre espadachines y gente de valor, de picardía; gentes siempre, menos dispuesta á la batalla que á preparar golpes aislados. Estos *bravi* paseaban por el centro de París el día que habían de ocurrir acontecimientos, después marchábanse á los sitios más apartados para sorprender furtivamente á los enemigos que se retiraban confiados; los bajos del palacio real parecían hechos expresamente; oscuras galerías, cuevas tenebrosas donde vivían los guardias...

Uno de estos, llamado Pâris, hijo de un empleado de la casa del conde de Artois, salió una noche del domicilio de su amante, una joven perfumista, con dirección al palacio real. Era Pâris alto, valeroso, inteligente, audaz. Maldecía á su partido porque era impotente para salvar al rey y quiso eximirse de esta tacha de impotencia é incapacidad; lo más bello, debió pensar, sería matar al duque de Orleans; Pâris paseábase alrededor del palacio real. El 20 lo encontró un amigo y le invitó á que descendiera á una tienda del hostelero Fevrier, instalada en los bajos del palacio real. Allí vió á Saint-Fargeau. Este había comido en la casa de Fevrier, para recoger seguramente los rumores que circulaban por palacio, saber lo que se decía de su voto. Saint-Fargeau pagó su cuenta y se levantó. Acercóse Pâris: «¿Sois Saint-Fargeau? —Sí, caballero.—Tenéis, pues, aire de hombre de bien. No habréis votado la muerte del rey...—He votado caballero, por su muerte; mi conciencia así me lo exigía...—He aquí, pues, tu recompensa.» Pâris le dió una cuchillada en el corazón, dejándolo muerto. Después se disfrazó, pero tan audaz era, que al día siguiente se paseaba por el palacio real buscando al duque de Orleans. Malamente herido en Normandía se levantó la tapa de los sesos.

Este trágico acontecimiento pudo tener resultados que no se preveían. ¿Pasaría el terror de los realistas á los Jacobinos? Se pudo temer esto. Estos últimos mostraron admirable firmeza. Cogieron entre sus manos, digámoslo así, la cosa pública.

Cuando hizo Thuriot su proposición, declaráronse en sesión permanente; cerraron la puerta impidiendo que saliera nadie á revelar sus deliberaciones, sus acuerdos, antes que estuvieran discutidos y aprobados. Los dantonistas patrióticamente unidos á los Jacobinos, acordaron que la Comuna doblara todas las guardias de París y que se dieran órdenes á las cuarenta y ocho secciones para que detuvieran á todos los enemigos del orden. Los Jacobinos encargáronse de visitar los cuerpos de guar-

dia y de asegurar por todos los medios la represión del complot realista.

Robespierre, con gran presencia de ánimo, pide algo más que excitar el celo del jefe de la guardia nacional. Infunde valor á los débiles y no permite que se hable de la muerte de Lepelletier: «Se ha inferido un *ultraje* á un diputado, dijo; pero dejemos esto y vayamos derechos al *tirano*... ¡Mañana, alrededor del patíbulo reinará una calma imponente y terrible!...»

¡Cosa extraña y que revela la exaltación de aquellos ciudadanos! Thuriot no dudó que entre los comprometidos en el complot realista figurase la Gironda. Y Robespierre, abundando en su opinion, pide una informacion en la que los jacobinos descubrirán *las maniobras de los intrigantes para destruir á los patriotas al día siguiente de la ejecución*.

